

llase afectada de tal vicio la mayor parte de las construcciones coloniales; de las que unas siguen perteneciendo al estilo barroco, y otras toman el de Churriguera, modificación de aquél, teniendo algunos los caracteres de ambos.»

* * *

Por la rápida ojeada anterior, se comprende el interés que tendría consagrar un capítulo á nuestra historia del arte en sus múltiples manifestaciones, que al propio tiempo nos mostrara cómo el modo de ser de España hubo de reflejarse en su Colonia predilecta. Hay que renunciar á labor tan agradable, en obsequio de la brevedad y del corto espacio de que dispongo, continuando con la precisa concisión este bosquejo.¹

* * *

No cabe duda que los viejos cronistas de la Ciudad de México exageraron mucho acerca de la grandeza y excelsitud de ésta; pero atendiendo al número de fábricas notables, alzadas muchas de ellas casi á raíz de la Conquista, es un hecho ciertamente digno de nota.

En la narración de Torquemada, citada por el Sr. Orozco, en la que se describe á la Ciudad en los primeros años del siglo XVII, se indica que las calles de ésta son muy hermosas y tan anchas, que pueden pasar por ellas tres carretas juntas, ó nueve ó diez hombres á caballo, holgadamente; las casas habían ya cambiado de aspecto, mostrándose «grandes, altas, y con muchas ventanas rasgadas, balcones y rejas de hierro, con grandes primores. Y estos edificios tan lindos y parejos, hacen

¹ Véase EL ARTE EN MÉXICO EN LA ÉPOCA ANTIGUA Y DURANTE EL GOBIERNO VIRREINAL, por el Lic. D. Manuel G. Revilla, ya citado.

las calles muy lindas y labradas; no tienen vueltas ni revueltas (como por la mayor parte lo son, los de las ciudades de España), pero son muy largas y derechas, y como comienzan al principio, así acaban; corren las unas de Oriente á Poniente, y las otras de Norte á Sur.» Cita el cronista las principales acequias; la Plaza Mayor, los Portales de Mercaderes y Sederos; las casas de Cabildo; las Casas reales del Virrey, la Audiencia y los Alcaldes de corte, y los mercados. «Tiene la Ciudad dos maneras—dice—de surtirse de aguas, una que nace en las fuentes de Santa Fe, en una cañada ó quebrada y viene por atarjea de cal y canto, hasta dar á unos arcos que están en el Bosque de Chapultepec, donde nace la otra agua que (por vía distinta de la ya dicha de Santa Fe) entra en la Ciudad, en atarjea de cal y canto muy alta, y viene á dar á la plaza ó mercado de San Juan, en medio de la cual está una muy hermosa y deleitosa pila: y es esta agua, el servicio de cuasi media Ciudad, así de indios como de españoles.» Hace grande elogio de la Catedral y de la Universidad, y dice que, «demás de la iglesia mayor, hay otras dos parroquias y juntamente trece conventos de religiosos de todas órdenes, y otros trece de monjas, seis hospitales, uno de bubas (Amor de Dios), otro del Marqués, el cual había edificado para entierro suyo (Jesús), etc.; hay otras iglesias, y entre ellas el colegio de los niños de San Juan de Letrán; hay otro que llaman de las Niñas, etc.»

* * *

No obstante la ponderación de los cronistas, nuestra Ciudad, como casi todas las de Europa, en la época á que nos referimos, carecía de alumbrado, de pavimentos, de buenos desagües, de policía y de otras numerosas necesidades que, con el transcurso de los años, han venido subsanándose. Sin embargo, un insigne Virrey cuyo nombre es digno de memo-

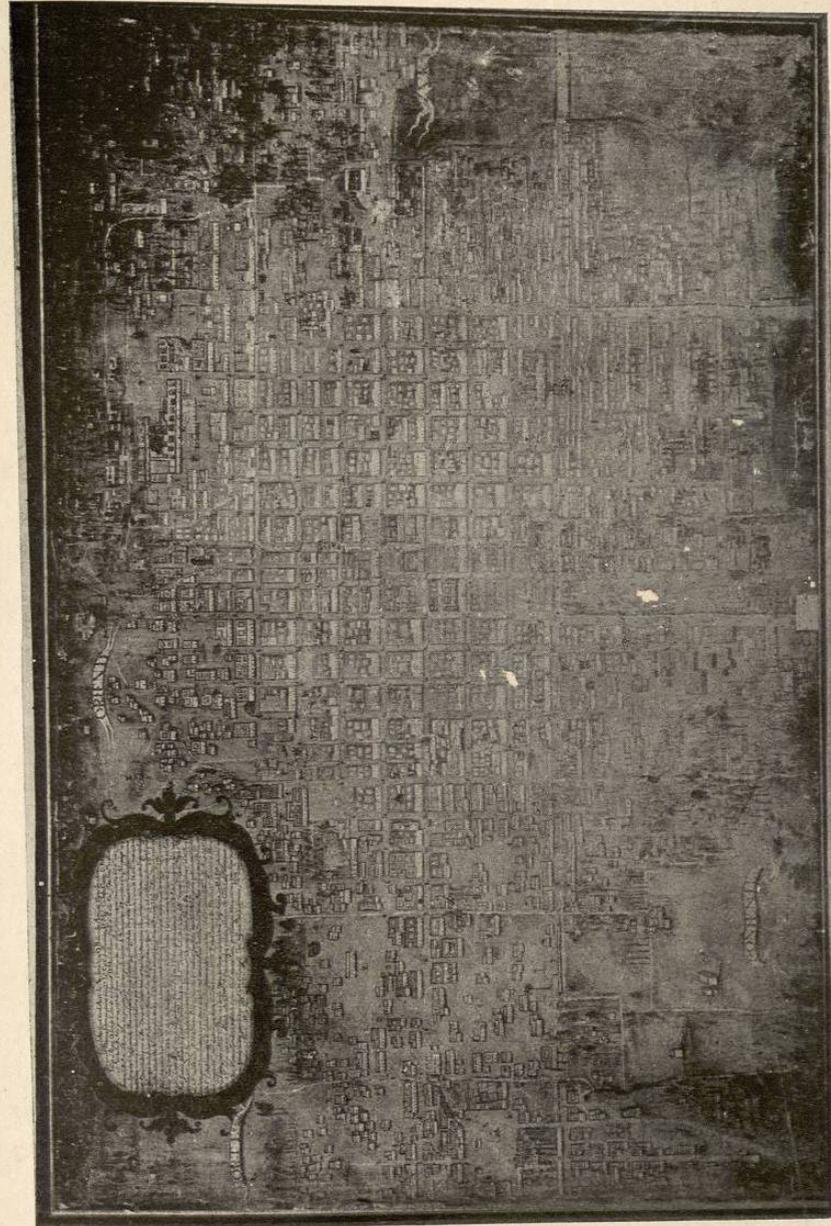
ria perdurable, el segundo Conde de Revilla Gigedo, implantó grandes mejoras en la Ciudad, y á él se le debió su mayor aseo, su seguridad, la numeración de las casas, el que se fijara por medio de placas la nomenclatura de las calles, parte de la pavimentación de éstas, la nivelación y arreglo de la Plaza Mayor, convertida en inmundo basurero.¹

México siguió hermoseándose á fines del siglo décimooctavo y principios del pasado; el ilustre Carlos III creó la Academia de las tres Nobles Artes de San Carlos, y de ella brotaron maestros y discípulos que con su trabajo personal, inteligente y acabado, dieron gloria á México y á España. Tolsa, arquitecto y escultor muy distinguido, levantó años después la Escuela de Minería, construyó Loreto, fabricó el edificio que actualmente se arregla para Secretaría de Justicia, y dejó eterno recuerdo de su fama en la soberbia estatua ecuestre del Cuarto Carlos.

Más tarde, la Nación Mexicana proclama su Independencia; queda con el legado de España; pero, para afianzar su autonomía, para constituirse en República Constitucional, desligada de viejas preocupaciones, há menester de cruenta lucha civil y de contiendas extranjeras: triunfan al fin los principios y se salva la República. En tanto, la Ciudad no puede alcanzar todo el desarrollo que demanda la cultura del país, en lo relativo á higiene pública, á caudal de aguas potables, á alumbrado, á pavimentos, á seguridad y á tantos otros ramos. Mas, á pesar de las revueltas intestinas, se despeja la Plaza Mayor, del grotesco Parián; el Dictador Santa-Anna apoya la

¹ Véase mi *Reseña histórica de la Plaza Mayor*, en el BOLETÍN MUNICIPAL del presente año.

Reseña histórico-descriptiva de la Ciudad de México.—1901.



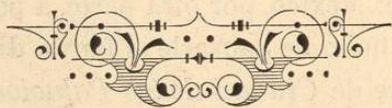
PLANO DE LA CIUDAD DE MÉXICO.
(Lienzo original de la primera mitad del siglo XVIII, que se conserva en el Museo Nacional.)

edificación del gran Teatro Nacional, cuya destrucción nunca se lamentará lo bastante; y hasta el mismo intruso Archiduque Maximiliano trata de tornar á México en hermosa Capital.

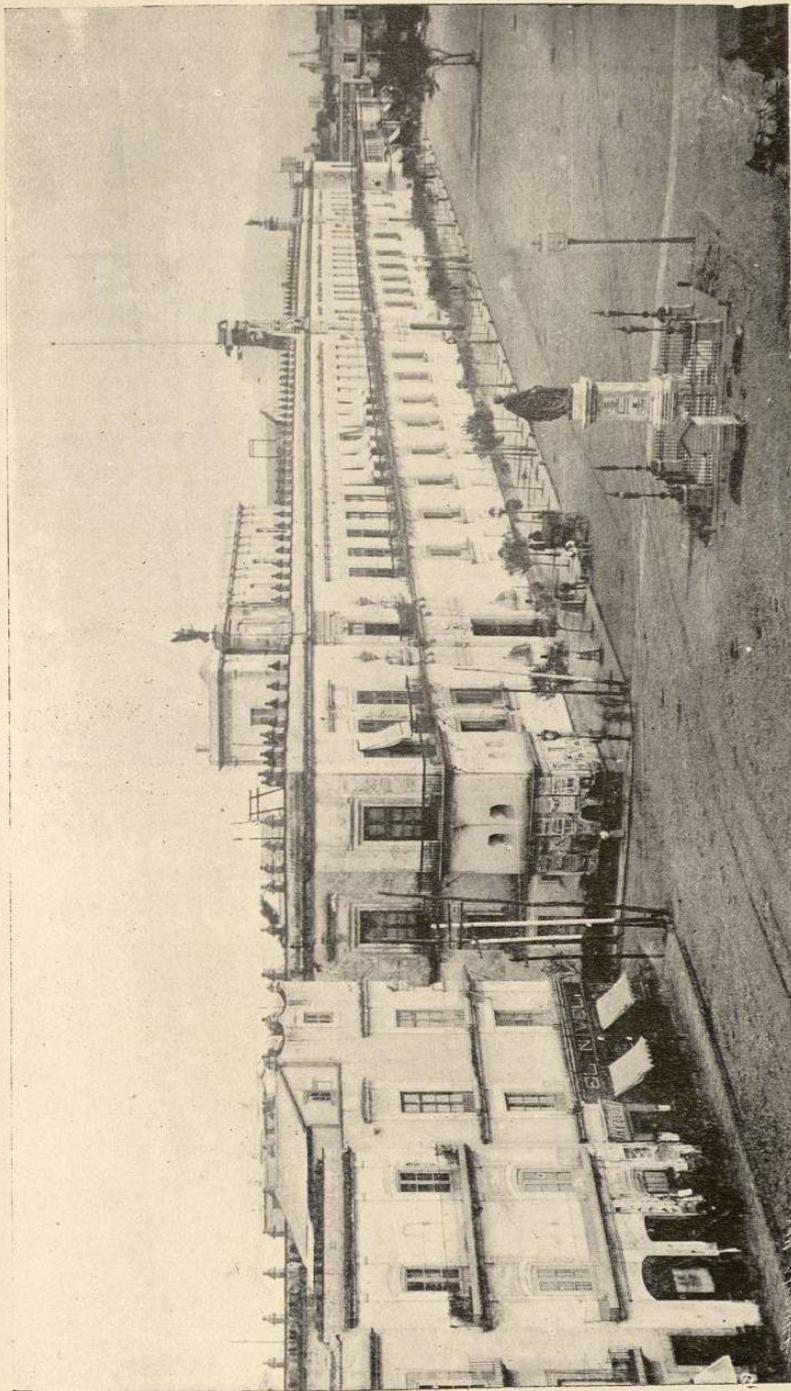
La transformación de la Ciudad se inició realmente cuando, decretadas las Leyes de Reforma, se exclaustró á los religiosos de ambos sexos, se nacionalizaron los bienes eclesiásticos, y se empezó la demolición de muchos conventos y aun de varias iglesias. Así, el de San Francisco, el de Santo Domingo, en parte se transformaron en casas, y en parte vinieron abajo para dar paso á vías públicas; otros se convirtieron en escuelas, como el de la Encarnación; algunos más se aprovecharon en edificios públicos, como el de la Enseñanza para Palacio de Justicia, y el de Santa Catalina de Sena para cuarteles, y así otros muchos. El aspecto cambió como por encanto, y aún la Ciudad conserva las huellas de la monotonía que en pleno período *conventual*, diré, si es de admitirse la frase, debió de haber presentado; en cada calle, puede decirse que había un convento de paredes oscuras, de aspecto severo y tético: México, por otra parte, á pesar de la buena impresión que hubo de causarle al Barón de Humboldt, que le dió el nombre de *Ciudad de los Palacios*, hasta hace algunos años se consideraba una Capital de sucio aspecto, poco higiénica, con desagües defectuosos, de poca corriente y mal dispuestos; cuyas calles se inundaban en pleno tiempo de aguas; con malos pavimentos de piedra; con alumbrado escaso y deficiente; y, por último, con graves defectos capitales que habrían sólo de remediarse previo el gasto de cuantiosas sumas de dinero.

Asegurada la paz, quienes hemos vivido casi de una manera constante en México durante estos últimos veinte años, contemplamos con placer los inmensos progresos adquiridos por nuestra Metrópoli: hoy cuenta con colonias que sin des-

doro y sin hipérbole podrían figurar anexas á cualquiera capital de nación de Europa; tiene una red de atarjeas, á cuyo sistema hecho á todo costo, se pone la última mano; posee alumbrado eléctrico de primer orden, que va extendiéndose por todos los ámbitos de la Ciudad rápidamente; sus calles principales están pavimentadas por los medios y con los materiales que se usan en las principales ciudades del mundo; y aun cuando todavía falta mucho por llevar á cabo, y se han menester considerables gastos, como para la conducción de aguas potables, por ejemplo, todo se estudia ya por nuestro Gobierno y por el legítimo representante de la Ciudad, el Ayuntamiento, á fin de que, dentro de muy corto número de años, la Ciudad de México figure al lado de las primeras del Continente Americano, como Capital culta, higiénica, agradable y bella.



Reseña histórico-descriptiva de la Ciudad de México. — 1901.



Vista del Palacio Nacional y del Monumento Hipsográfico, antes que se hiciera el Jardín del Seminario.